

## LA BELLEZA ROTA.

**Introducción.** En poco tiempo me han llegado noticias de gente cercana que se ha quitado la vida, personas mayores que sin fuerzas para seguir adelante han dejado voluntariamente de comer, personas que después de una ruptura matrimonial sobreviven a base de ansiolíticos y antidepresivos, que les dejan sedados y dormidos, incapaces de levantarse de cama. Eso en mi entorno cercano, pero al levantar la mirada descubrimos una innumerable lista de hombres y mujeres a los que podemos llamar «bellezas rotas». Proyectos de personas libres, sanas, creadas por amor y para el amor, diseñadas para la bienaventuranza, para la generosidad y la alegría. Y nos las encontramos tiradas al borde de los caminos, con carencias, con heridas, con cicatrices en el corazón y la piel. Maltratados, vejados, abandonados, despreciados diariamente. Con un sistema exigente que cada día nos hace vivir un «casting», unas relaciones llenas de «oposición», en la permanente rivalidad y competición. ¿A quien le interesa esa humanidad? ¿Quién está dispuesto a bajar de su cabalgadura? ¿Quién cambia sus agendas, sus prioridades para dejar espacio de escucha y de acogida a quien le necesita? Dios no se ha quedado en una actitud neutral y aséptica. Ha optado, y se ha decidido a ayudar, a servir y a rescatar a quien más le necesita.

**Lo que Dios nos dice.** *“El Señor le dijo: He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel, el país de los cananeos, hititas, amorreos, fereceos, heveos y jebuseos. La queja de los israelitas ha llegado a mí, y he visto cómo los tiranizan los egipcios. Y ahora, anda, que te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas. Moisés replicó a Dios: ¿Quién soy yo para acudir al faraón o para sacar a los israelitas de Egipto? Respondió Dios: Yo estoy contigo, y ésta es la señal de que yo te envío: que cuando saques al pueblo de Egipto, daréis culto a Dios en esta montaña. Gn 3,7-12.*

Siempre hay faraones y oprimidos. Los fuertes y triunfadores ganan, los últimos, los débiles, los pobres pierden. No es aceptable la resignación y el conformismo. El quedarse paralizado ante el dolor ajeno. La inacción de quien ve cómo delante de nuestros ojos, se cometen injusticias y mirar hacia el otro lado. Porque cuando sea yo al que tratan con injusticia, entonces sí que demandaré la atención que yo no soy capaz de brindar. Y Dios escucha el grito que sale de un corazón oprimido. Toda la vida de Jesús es un grito que libera.

**“El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús se puso de pie y exclamó: Quien tenga sed acuda a mí a beber: quien crea en mí. Así dice la Escritura: De sus entrañas manarán ríos de agua viva se refería al Espíritu que debían recibir los que creyeran en él.” Jn 7,37-39.**

Jesús sigue viendo belleza donde los demás vemos ruptura. Ve todas las posibilidades de renovar la existencia, donde nosotros vemos desolación, y fracaso total. Jesús ve las posibilidades de que humanidades vejadas y abatidas, se conviertan en manantial de vida, de alegría, de esperanza. Y esa mirada la pido para todos nosotros. Que no demos a nadie por perdido, que el valle de huesos secos lo recorramos seguros de que podrán revivir cantando el Aleluya de la tierra.

Gestos y palabras que traducen un compromiso lleno de amor de cariño de reconstruir la belleza de la obra de Dios. Aunque nuestros proyectos vitales se rompan en añicos, aunque nuestras afectividades estén llenas de pisadas, hay una oportunidad ofrecida, gratuita, extendida ante nosotros, sincera, esperando a sanar y curar nuestras heridas.

**“Anda, baja al taller del alfarero y allí te comunicaré mi palabra. Bajé al taller del alfarero, y lo encontré trabajando en el torno. A veces, trabajando el barro, le salía mal una vasija; entonces hacía otra vasija, como mejor le parecía. Y me dirigió la palabra el Señor: Y yo, ¿no podré, israelitas, trataros como ese alfarero? Como está el barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mis manos, israelitas”. Jr 18,2-6.**

Si le sale mal una vasija no se enfada con ella, se vuelve a humedecer las manos, a remangarse las mangas de la camisa y con una ilusión que nace de quien se empeña en hacernos el bien, vuelve manos a la obra a comenzar. Hasta que nuestros miedos se conviertan en confianza, hasta que nuestra libertad se sienta atraída por una calidad de amor desconocida hasta entonces.

**“Entonces se acercó Pedro y le preguntó: Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarle? ¿Hasta siete veces? Le contestó Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.” Mt 18,21-22.**

La belleza que se esconde en cada vida humana es real. Puede que no sea evidente, que se nos presente envuelta en barro pero la certeza de que el tesoro está, acompaña la buena noticia del evangelio. Y no depende de si es más o menos explícita, en el corazón de cada persona está la huella imborrable y la firma inalterable que no se puede falsificar. Nacimos para la dicha, para un amor que no nos traicione, para vivir en la confianza y en la seguridad, no en la amenaza, en la sumisión, en el continuo miedo.

**Cómo podemos vivirlo.** Nuestra fe nos tiene que llevar a adquirir un compromiso de rescatar lo bello que hay en nosotros, en los demás, y en todo lo que nos rodea. Como si de un arqueólogo se tratase puede que nos cueste trabajo quitar los escombros que cubren y tapan el corazón que late al ritmo de Dios. Pero vivo con la seguridad de que dónde falta el amor, si siembras amor, al final, rescatas el amor y lo descubres como un manantial que salta hasta la vida eterna.